

LEOPOLDO-ELOGIO PALACIOS, *Estudios sobre Bonald*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2019, 94 pp. ISBN 978-84-9055-971-0.

Hubo tiempos no muy lejanos en que, para algunos, escribir en España fue rezar. Y no tengo claro que en esos tiempos, al menos para esos rezadores, fuera también llorar. Siempre ha habido en esta tierra de María Santísima fuertes sombras –y penumbras– en que cobijarse y huir de la radiación lumínica que emite el sol, y con ello vivir –o pensar, o escribir sobre lo que se piensa– refugiado en el pequeño mundo, autárquico en ideas, de los que rezan contigo, piensan como tú y ven el sol y el mundo sólo a través de unas lentes ahumadas como las tuyas.

Hubo un tiempo en que las sombras más productivas a que arrimarse, protegidas por el invicto sable manchado de rojo del general Franco, las ofrecían los baldaquines y las fachadas de las iglesias, un tiempo de eterna cuaresma en que de la penumbra con olor a cerrado de los confesionarios y de los claustros conventuales, y también de las cátedras universitarias ocupadas a modo de botín por los devotos vencedores de una guerra tan innecesaria como atroz, emanaba una especie de pensamiento alicorto con olor a rancio que, si no era único, sí que gozaba de privilegios sin fin.

En aquel tiempo de prolongación de la guerra que fue la postguerra, buena parte de la flor y nata de los intelectuales españoles forzosamente enmudeció, obligada al exilio –también al interior–, cautiva y desarmada, o asesinada factual o metafóricamente. Otra parte sólo pudo balbucear, o hablar a medias, o casi en clave, y enmascararse en trabajadas alegorías y alambicados ejercicios de retórica (para que los mensajes inconformistas “colaran”, para facilitar que se pudiera leer entre líneas), ya que tenía la lengua y la mano que sostiene la pluma mutiladas por la omnipresencia de una censura doble, civil y eclesiástica. En aquel tiempo oscuro como una noche de piedra solo los sedicentes bendecidos por Dios, así como los que se engalanaban con la camisa azul que tu bordaste en rojo ayer y algunos compañeros de viaje, condescendientes o atemorizados (en todo caso forzosos penitentes de un liberalismo conservador venido a menos), tenían hasta cierto punto vía libre para publicar lo que escribían. Al fin y al cabo la censura también los miraba cara a cara o de reojo.

Hubo un tiempo, pues, en que los que escribiendo rezaban, lloraban menos. En que sus ideas campeaban sin otra oposición que las de otros vencedores –los de corazón más azul que sagrado– a los que, con todo, estaban unidos como siameses por una hermandad construida en la lucha librada a cara de perro contra el enemigo común (ese falaz contubernio de

judíos, masones, comunistas, internacionalistas, socialistas, anarquistas, demócratas, liberales de verdad e incorregibles, y gentes de similar ralea, que para los voceros del franquismo constituía la anti-España), de manera que en sus disputas solo de manera intermitente la sangre amenazó con llegar al río. Hubo un tiempo triste en que el prestigio de los intelectuales “adictos al régimen” se cimentaba en sus privilegios y no en la sustancia de sus obras. Lo que no significa que todas fueran insustanciales.

Ediciones Encuentro ha vuelto a publicar unos textos que vienen de aquel tiempo no tan lejano y sin embargo, al menos para un buen número de nosotros, tan ajeno. Unos textos con suficiente sustancia como para que merezcan una nueva visita y cuyo autor fue un hombre hoy en día poco recordado al que no vacilaré en calificar de culto e inteligente, pero del que tampoco me abstendré de suponer que escribió rezando. Un hombre de catolicismo a machamartillo que gozó de cierto renombre entre los intelectuales privilegiados del campo “adicto” (un campo que, como es sabido, tenía mucho de erial), pero que dudo que hubiera alcanzado el mismo respeto en un ambiente más “normal”, libre y abierto, donde no hubieran estado obstaculizadas o excluidas las corrientes de pensamiento “anti-españolas” (es decir, todo lo que no fuera tomismo, tradicionalismo, fascismo pasado por el tamiz falangista, o esa especie de postliberalismo a la manera de Azorín, vergonzante y descafeinado). Un autor, en fin, oscurecido por el paso de los años, de conocimientos filosóficos bien sólidos, que pergeñó obras olvidables y olvidadas junto a páginas nada desdeñables, y que me parece que ahora es recordado y esgrimido como autoridad nada más que por gentes a la derecha de la derecha, que siguen interpretando el Concilio Vaticano II en clave de derrota (y que es lo que indudablemente fue: la derrota, entre otras cosas y quién sabe si definitiva, del ave fénix del ultramontanismo). Me refiero a Leopoldo-Eulogio Palacios, catedrático de Lógica de la Universidad de Madrid durante la dictadura interminable, y a su libro *Estudios sobre Bonald*.

La obra, en realidad, no es más que la yuxtaposición de dos textos publicados a mediados del siglo XX y que tienen como materia común el pensamiento filosófico del famosísimo y reaccionario vizconde francés. El primero, “Bonald o la constitución natural de las sociedades”, apareció en la primavera 1949 en la *Revista de Estudios Políticos*, órgano del oficial Instituto de Estudios Políticos que dirigía el falangista Francisco Javier Conde, discípulo y traductor de Carl Schmitt –uno de los “filósofos de Hitler”– y autor de una *Contribución a la doctrina del caudillaje* escrita a mayor gloria de Franco. El segundo, “El platonismo empírico de Luis de Bonald”, recoge el discurso de ingreso de Palacios en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1954, donde ocupó el sillón que antes había pertenecido al eminente historiador y jurista alicantino Rafael Altamira, fallecido en 1951 en el exilio mexicano (sí, nunca está de más recordarlo: muchos de los mejores habían tenido que huir de aquel país encanallado y refugiarse en lejanas tierras).

Leopoldo-Eulogio Palacios Rodríguez –en realidad su nombre era Leopoldo a secas; el Eulogio se lo puso él mismo cuando se convirtió en

ferviente católico— era a la sazón uno de los filósofos más reputados de aquella minusválida universidad franquista (amputada de sus miembros más valiosos), subsección de filosofía neotomista. Su padre, sin embargo, había sido todo un liberal de libro aunque con final poco feliz. En efecto, Leopoldo Palacios Morini fue un brioso retoño del krausista “grupo de Oviedo” que durante muchos años anduvo bien asido a la mano de su mentor Gumersindo de Azcárate. Profesor de Derecho en la Universidad de Madrid, miembro del Instituto de Reformas Sociales, becado un par de veces para mejorar su formación en diversos países europeos, participante en las reuniones suizas de lo que luego fue la OIT, laicista, directivo de la Institución Libre de Enseñanza, creador y director de la Escuela Social de Madrid, miembro de la delegación española en la Sociedad de Naciones, dirigente del Partido Reformista de Melquíades Álvarez, con él dos o tres veces diputado a Cortes, bien relacionado con gente de la talla de Ortega, Azaña, Unamuno, Altamira, González Posada, Pedregal, Madariaga o de los Ríos, candidato a diputado en 1936 —y derrotado en los comicios— con el partido centrista y republicano con el que Portela Valladares y Alcalá-Zamora buscaron contrarrestar la creciente bipolarización política que arruinó la República, detenido por confusión (compartía nombre con su hijo “ultra”) en el Madrid alocado y sin control de principios de la guerra, en seguida liberado y escabullido a Suiza, retornado tras el desenlace, académico (como su hijo, pero desde los años veinte) de Ciencias Morales y Políticas, Leopoldo Palacios Morini parece ser en la actualidad un personaje aún más olvidado que su —en un tiempo— encumbrado hijo, pese a que cuando nos acercamos a él (al padre), descubrimos a un actor intelectual, social y político nada menor y sin duda digno de más estudios de los que se le han dedicado (o, mejor, de los que no se le han dedicado).

Si algo ensombrece su memoria es su última incursión pública: en 1948, y en el seno de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas a la que siguió acudiendo en sus años de discreta vejez, se produjo un debate sobre “el principio de separación de poderes”, en el cual participó atacando tanto a Montesquieu como a la sempiterna masonería, a la que acusó, como un abate Barruel redivivo, de haber instigado la Revolución Francesa. Una lastimosa coz final que he leído en un artículo del historiador Miguel Martorell y que no sé si atribuir a simple chochez o a una tardía conversión al antiliberalismo, es decir, a una abjuración de su itinerario intelectual anterior perpetrada para adecuarse al espíritu de los ominosos tiempos que corrían.

Su hijo Leopoldo, nacido en 1912 y, como se dijo, transmutado en Leopoldo-Eulogio por decisión propia, tuvo desde bien joven muy poco de liberal pese al ejemplo paterno y pese a ser educado en el innovador Instituto-Escuela, el centro oficial de enseñanza media creado por el Estado para aplicar el modelo pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza. En efecto, saliendo de la adolescencia recibió la llamada de Dios y se hizo un devoto católico tanto en creencias sobre lo que pueda haber más allá de este mundo, como en ideas políticas, amistades y relaciones sociales en el mundo sublunar. Tan católico, tan ardiente y tan tradicionalista que quizá

sea uno de los intelectuales españoles a quien mejor cabe aplicar el lugar común de que nadie es tan fanático como un converso. Un adagio con muchos novios...

Su epifanía ultraconservadora advino en los más que agitados años de la República, cuando ingresó, siendo aún estudiante de Filosofía y Letras, en el estrecho círculo de un antiguo liberal mutado en reaccionario influyente y famoso, Ramiro de Maeztu, a cuya selecta tertulia asistía habitualmente. En ella, como es sabido, se juntaban recios hombres (Calvo Sotelo, Vegas Latapie, Javier Pradera, Jorge Vigón...) unidos por su fe en el Dios de la Iglesia Católica y en una monarquía autoritaria liberada de liberalismo, por su belicoso integrista religioso (ahora lo llamaríamos fundamentalismo) y su sacralización de lo hispánico, por su elitismo que en algunos tendía al racismo, por su nacionalismo exacerbado y su hondo desprecio a las masas (y con ello a cualquier régimen de democracia sin adjetivos) y, en consecuencia, por su demonización de una República que se quiso democrática y laica. Unos santos varones tan intransigentes como reaccionarios que parece ser que, en privado, tildaban de nefasto al mismísimo nuncio del Vaticano, monseñor y luego cardenal Tedeschini, a quien no percibían como suficientemente beligerante frente a los poderes republicanos.

Como es sabido, en esta salsa se coció *Acción Española*, revista en la que Palacios participó asiduamente y que, a la larga, constituyó la más caudalosa fuente de la que bebió el nacional-catolicismo franquista para saciar su necesidad de dotarse de doctrinas e ideas cuando la derrota de Hitler obligó a la dictadura a encubrir sus indisimulables raíces fascistas. A la vez colaboró, sin embargo, en *Cruz y Raya*, una publicación mucho más plural y abierta que dirigía el igualmente católico, pero antifascista, José Bergamín. En estas cabeceras, y en alguna otra, vieron la luz sus primeros ensayos, varias reseñas (de la confianza que Maeztu tenía en Palacios es buena muestra que fuera éste el encargado de reseñar la *Defensa de la Hispanidad* de aquél en 1934 en *Acción Española*) y diversos poemas. Palacios, al parecer, siempre se quiso y se consideró poeta, y al cultivo de su estro dedicó sus ocios. “Filósofo, ensayista católico, poeta y profesor universitario español”, dice de él la *Wikipedia*. A los sesenta años, en 1972, publicó por fin un poemario titulado *Salutación y otros poemas*. No es por eso por lo que lo recordamos.

La rebelión de los generales y las derechas en el verano de 1936 lo pilló en Madrid. Su significación política había alcanzado ya la suficiente notoriedad como para que alguien ordenara detenerlo en aquella ciudad aterrorizada y trágica. Los que se encargaron de ir a buscarlo –da igual si policías o milicianos– fueron tan poco avisados que se llevaron, como quedó dicho, a su ilustre padre. Él, hábilmente, se consiguió refugiar en la embajada francesa. Hizo bien. Maeztu y otros de su cuerda (y otros de la cuerda de su progenitor, como Melquíades Álvarez) acabaron asesinados.

Cuando se pudo, nuestro hombre fue evacuado a Francia y después pasó a Ginebra, donde se hallaba su padre. Regresó a España a mediados de 1938, a la zona en poder del ejército rebelde, claro está, aunque no llegó

a empuñar las armas pese a lo lozano de su edad. Su discípulo Antonio Millán-Puelles escribiría muchos años después que se presentó “inmediatamente a su regimiento”. Dios nos libre de sospechar que hay razón para dudar. Lo que está claro es que personajes muy influyentes del viejo grupo de *Acción Española* (Alfonso García-Valdecasas y José Pemartín) lo libraron con prontitud de tan inquietante destino y le alcanzaron una asesoría en el Ministerio de Educación Nacional, con sede en Vitoria. Un combatiente, pues, de retaguardia, como fueron otros jóvenes vencedores con cerebro.

Y como otros vencedores con cerebro recogió tempranamente los frutos de su victoria. Eran los años en que se auguraba una futura Europa fascista. Los años en que aquel acto de venganza y profilaxis que fue la depuración de todos los cuerpos docentes –y de tantos otros empleos y profesiones– conformó un abanico de oportunidades para quienes habían ganado la guerra y ahora ganaron la postguerra. Eran los años de aquello que acabó por conocerse como las “oposiciones patrióticas”. En 1940 Leopoldo-Eulogio Palacios se convirtió en catedrático de instituto. Poco después complementó esa condición con la docencia en la universidad e inició su colaboración con el recién creado Instituto de Filosofía Luis Vives del CSIC, del que más adelante llegaría a ser vicedirector. En enero de 1944 leyó su tesis doctoral, la cual fue dirigida por uno de los escasos catedráticos universitarios de Filosofía que quedaban en la capital tras el exilio, muerte o expulsión del resto, el padre Juan Zaragüeta. Y tan sólo cuatro meses después, en mayo, se convirtió en catedrático de Lógica de la Universidad de Madrid tras pasar por una oposición en la que fue el único candidato.

Que es tanto como decir que la plaza ya estaba adjudicada de antemano. El anterior propietario de la cátedra había sido nada más y nada menos que el dirigente socialista Julián Besteiro, presidente de las Cortes Constituyentes de la República, condenado en 1939 a treinta años de reclusión y fallecido en 1940 en la cárcel de Carmona. Aquel era el signo de los tiempos, unos tiempos que se movían a paso de cangrejo. Si Besteiro había introducido tanto el marxismo como el neo-kantismo a través de su labor docente, ahora Palacios estaba llamado a romper con el mundo impío de antes de la guerra y reconquistar el recinto universitario para Santo Tomás de Aquino y las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia.

Con 32 años, pues, y en aquella atribulada España del hambre y el racionamiento, tocó la gloria humana de un empleo fijo, cuasi vitalicio y prestigioso, un empleo de funcionario filosófico. Le esperaban décadas y décadas de docencia hasta su muerte en 1981. Fernando Savater, que lo tuvo de profesor, recordaba que para el doctor Palacios “no había otra lógica que la tomista”. Rememoraba también su silueta “cóncava” y que “se prodigaba lo menos posible en las aulas porque comprensiblemente le disgustaba lidiar con la chiquillería”. Incluso evocaba una anécdota que se contaba de él y que no sé si merece más crédito que la generalidad de las leyendas urbanas. Un día llegó a clase y se sentó con la cabeza acodada sobre la mesa, se mantuvo en silencio un largo rato mientras el alumnado

charlaba, y finalmente se levantó y salió diciendo: “Yo ya he pensado; ahora piensen ustedes...”

Más relevancia tuvo su producción escrita, de la que no sé si afirmar que constituye la quintaesencia del neotomismo español hegemónico (a la fuerza ahorcan) en la filosofía española del retrógrado momento. Por un lado, Palacios colaboró de manera frecuente en las principales revistas culturales de la postguerra (*Escorial, Arbor, Revista de Filosofía, Revista de Estudios Políticos*) y en 1948 dirigió *Finisterre*, una cabecera que duró sólo un año y que es aún recordada porque en una de sus entregas Dámaso Alonso inventó “la generación del 27”. Y desde mediados de los años sesenta y hasta su muerte su firma apareció y desapareció como un Guadiana en el diario *ABC*, en concreto en las prestigiosas “terceras” páginas de este órgano de prensa monárquico.

Por el otro, publicó en 1945 *La prudencia política*, libro en que defendió “el prudencialismo” (un intento de conciliar, según él mismo, “dos posturas antagónicas en política: el oportunismo y el doctrinarismo”, o lo que es lo mismo, una versión escolástica del viejo “justo medio”) y que fue objeto tanto de encomio por parte de algunos de sus pares y del inefable Azorín, como de loas y parabienes oficiales, recibiendo el Premio Nacional de Literatura José Antonio Primo de Rivera de ese año (tampoco hay que echar las campanas al vuelo: en 1957 el premiado fue el insigne escritor Luis Carrero Blanco...). Su éxito se mide mejor en el hecho de que fue reeditado al menos en tres ocasiones, la última, que sepamos, en 1978 en versión corregida y aumentada.

Libros posteriores de Leopoldo-Eulogio Palacios fueron *El mito de la nueva cristiandad*, publicado en 1951 y reeditado en tres ocasiones (una severa impugnación del humanismo cristiano que proponía Jacques Maritain, el filósofo francés, tomista también, que pretendía conciliar el catolicismo con un mundo moderno basado en el pluralismo político y los derechos humanos, incluido el de elegir religión); *Don Quijote y la Vida es Sueño*, de 1960 (un breve ensayo sobre el sentido filosófico de ambos clásicos); *Filosofía del saber*, de 1962 y dos veces reeditada, la última por Ediciones Encuentro en 2013 (una personal investigación filosófica sobre el conocimiento científico y técnico); y *El juicio y el ingenio y otros ensayos*, una miscelánea que vio la luz en 1967.

Además, Palacios tradujo del alemán la *Introducción a la Lógica* del filósofo contemporáneo alemán Albert Menne (a la que añadió un prólogo crítico), y *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, de Arthur Schopenhauer, quizá el autor que, junto a Kant, le interesó e influyó más seriamente de los integrantes del canon filosófico occidental al uso (o de lo que podemos llamar la larga cadena del ser de la filosofía que nace en Grecia). Dejando a un lado, claro está, los felices habitantes del seno de Abraham del tomismo dentro del cual Palacios concibió su labor, esa “filosofía perenne” que reunía a Aristóteles, san Agustín y santo Tomás con el mencionado e incómodo Maritain, Étienne Gilson, Charles De Koninck o el padre Santiago Ramírez, pasando por el dominico del período barroco a quién dedicó su tesis, Juan de Santo Tomás.

Durante aquella postguerra en que Palacios tocó tanto el cielo de la cátedra como del prestigio en el campo de la filosofía oficial nacional-católica, también hubo de afrontar la dura prueba de la enfermedad. Una enfermedad que Millán-Puelles identifica como tuberculosis pulmonar. La dolencia, tan extendida en la época, le obligó a guardar largas etapas de reposo y, sin duda, mermó su capacidad de trabajo. Pero no impidió que durante los años que marcan el paso de la década de los cuarenta a los cincuenta participara en la ofensiva que un trust de cerebros vinculados al Opus Dei, encabezados por el activísimo Rafael Calvo Serer, desplegó para intentar conquistar la hegemonía en el pequeño y árido mundo de los aparatos de producción de ideología de un franquismo que necesitaba adaptarse a una situación internacional en que el fascismo italiano y el nazismo alemán habían sido aplastados: asegurar una presencia decisiva en las cátedras universitarias e institutos del CSIC, creación de Ediciones Rialp, puesta en marcha de su Biblioteca del Pensamiento Actual...

El grupo de Calvo Serer, del que Leopoldo-Palacios fue un actor tan secundario como respetado, se inclinaba por asentar como fundamento único de la cultura política del régimen de Franco un nacional-catolicismo intransigente, que reivindicaba la herencia de Menéndez Pelayo (y con ella las de Balmes, Donoso Cortés, Mella, Maeztu y toda la retahíla de tomistas, neocatólicos y tradicionalistas españoles del pasado), excluía cualquier hilo de contacto con los intelectuales exiliados, rechazaba todo lo que oliera a liberalismo de verdad o a satánico marxismo, e intentaba comerle el terreno a un falangismo aparentemente en declive y al resto de tendencias de signo católico aunque de tradicionalismo más templado. Se trataba de recoger la antorcha de *Acción Española* y Ramiro de Maeztu y oscurecer, por inconveniente, de la de José Antonio Primo de Rivera, a la vez que se ninguneaban las diversas corrientes progresistas que también habían florecido –y tanto– para escarnio de los católicos intransigentes en la historia del pensamiento en España. Unas corrientes tildadas de impías, heterodoxas, grotescas, extranjerizantes y antiespañolas.

El choque de trenes fue aparatoso dentro de lo que entonces cabía, y Calvo Serer y los viajeros de su vagón no resultaron ilesos. Antes bien cosecharon una amarga derrota en primera instancia: los intelectuales “azules” (Ridruejo, Laín...) que propugnaban una apertura y una “compresión” –aun mínimas– respecto a los intelectuales no adictos al régimen, plantaron cara y el ministro Joaquín Ruiz-Giménez se decidió por desmantelar la ofensiva. A la larga la lección fue aprendida por unos y otros, que mutaron de una manera que nadie hubiera previsto. La élite del Opus Dei, capitaneada como eminencia gris por Laureano López Rodó, abandonó las guerras culturales intestinas, acabó por lograr un peso importante en las estructuras de gobierno franquistas y se aplicó a reformar la administración del Estado sin mover ni un ápice sus bases políticas. Conspicuos intelectuales azules “comprensivos”, por su lado, tendieron a evolucionar hacia un liberalismo constitucional y democrático y, en algún caso, hacia la socialdemocracia. Ruiz-Giménez fue cesado de su cargo ministerial y se situó en la llamada “oposición interior”, convirtiéndose en

un personaje nuclear de la democracia cristiana española. E incluso Rafael Calvo Serer se acercó al punto de vista del antes denostado Maritain, se convirtió en demócrata y opositor a Franco, se ganó la inquina del régimen, hubo de exiliarse y acabó compartiendo tribuna parisina con Santiago Carrillo.

Ahora bien, no pongamos el carro delante de los bueyes. En aquellos años cincuenta que seguían siendo postguerra, la flor y nata del pensamiento nacional-católico, se ataviara con hábito de fraile, sotana de cura o ropa seglar bajo la cual podía esconderse o no un cilicio, mantenía viva la fe en el agrio lema decimonónico de mosén Sardà i Salvany, “el liberalismo es pecado”, no apreciaba el derecho a disentir, abominaba de Ortega y Gasset y consiguió poner en el índice de libros prohibidos por la Iglesia algunas obras de Unamuno. Ese era el nivel...

Leopoldo-Eulogio Palacios no se contó entre los que evolucionaron y se abrieron a la integración de corrientes alternativas (a lo más que llegó su apertura, ya se apuntó, fue a traducir e interesarse por Schopenhauer). Es lugar común afirmar su vinculación, innegable, con el Opus Dei, pero no parece tan fácil establecer su alcance. Leyendo sobre el personaje se ve que muchos estudiosos de los que se le han acercado, con Gregorio Morán a la cabeza, eluden la cuestión, se limitan a aseverar que estaba en la órbita de la Obra o usan alguna frase parecida, sin decidirse a definirlo inequívocamente como miembro o como simpatizante; otros pocos Rubén Pallol por ejemplo, se atreven a calificarlo de “miembro reconocible” (y como “miembro” aparece nada menos que en la *Wikipedia*); pero también hay quien, como Manuel Anaut, no sólo niega esa condición de miembro, sino incluso la de simpatizante.

Da igual. Su religiosidad y sus actividades académicas estaban en plena sintonía con los principios de la Obra, sus amigos y discípulos más próximos eran de la Obra y él tenía abiertas las puertas de la editorial Rialp. En todo caso, si su visibilidad en las luchas por el poder cultural en el seno del franquismo decayó tras la frustración de la ofensiva de Calvo Serer, no ocurrió lo mismo con su capacidad para moverse en las aguas y por las capillas del poder académico, en especial asegurando el acceso a cátedras universitarias de sus protegidos, entre los que no eran raros los asociados, éstos sí, al Opus Dei. En pleno siglo XXI los discípulos de Manuel Sacristán –y Gregorio Morán– aún recuerdan la participación de Palacios en el tribunal de oposiciones que, con cierto escándalo para lo que era común en aquellos tiempos (un portazo de algunos asistentes, a lo sumo), entregó en 1962 la cátedra de Lógica de la Universidad de Valencia a un pupilo de nuestro hombre, de manera que la negó al preclaro profesor barcelonés. Para Palacios y las lumbreras que lo acompañaban en aquella ocasión, las cátedras seguían siendo trincheras y no convenía admitir en su parnaso a quien sin duda era uno de los puntales de la filosofía en España, pero que desde su falangismo rebelde y juvenil había caminado hacia el *súmmum* de los peligros, el marxismo... Y lo tenían bien claro: al enemigo ni agua.

Por aquellas fechas, por lo demás, el Concilio Vaticano II estaba alterando de manera tanto doctrinal como práctica un catolicismo que se

percibía en muchos ambientes (no por cierto en los aires que respiraba Palacios) como arcaico, caduco, asfixiante. La muerte del controvertido Pío XII (“el Papa de Hitler”, según el escritor británico John Cornwell), la decisión de Juan XXIII de reunir un concilio tras haber transcurrido casi un siglo desde el último, y la senda renovadora que siguieron los trabajos y debates conciliares bajo la égida de Pablo VI, transformaron la Iglesia Católica con más hondura de la que gentes como Palacios podían asimilar. El humanismo cristiano defendido por Maritain y por los teólogos que abogaron por el *aggiornamento* se llevó el gato al agua y el catolicismo intransigente, “puro”, en el que militaba nuestro hombre y buena parte de la jerarquía eclesiástica española salió con el rabo entre las piernas.

Las críticas de Palacios a las decisiones conciliares y su posterior aplicación, siempre desde un tradicionalismo inasequible al desaliento, no fueron en absoluto suaves y se expresaron públicamente en algunas leídas “terceras” del *ABC* de las que pudieron disfrutar los “ultras” de cualquier facción y los nostálgicos de cruzadas y rutas imperiales. Eran años en que el franquismo se descomponía y avanzaba la transición hacia un régimen político constitucional y democrático entre trompicones, zigzagueos y contradanzas de dos pasos adelante, uno atrás.

En intervenciones desde tan notable tribuna periodística, pues, un enfadado Palacios alzó su voz en contra de lo que denunció como “la defenestración de la misa tradicional”, la de Trento, y la substitución del latín por las “lenguas vulgares” en la liturgia (en su producción existe algún artículo académico escrito en latín, ya que participaba del movimiento que se proponía restaurarlo como “lengua universal de los sabios”). O mostró sus abiertas simpatías por monseñor Marcel Lefebvre, campeón de un “catolicismo puro” frente al no puro, el postconciliar, que en palabras de Palacios, “acepta ingredientes extraños y que ya no es puro, sino mezclado de liberalismo”. En aquel momento (el artículo es de 1977) el obispo francés, tan reaccionario como rebelde frente a Pablo VI, ya se encontraba suspendido “a divinis” por el Vaticano. Y no mucho después de que Palacios muriera, monseñor Lefebvre sería además considerado cismático y excomulgado por Juan Pablo II (quien no fue, por cierto, el papa más progresista de la historia). No es difícil imaginar qué pensaría un Palacios redivivo si supiera que cuarenta años después de muerto, tanto Juan XXIII como Pablo VI y Juan Pablo II, católicos que a su modo de ver suponemos que no debieran ser tenidos por muy puros (en especial los dos primeros), se hallan canonizados, en tanto que el puro Pío XII no ha pasado de “venerable”, sin llegar ni siquiera a ser “beato”.

¿Puede alguien extrañarse, después de la biografía intelectual que hemos expuesto, de que el profesor Palacios se interesara en sus años de plenitud por las doctrinas del vizconde Louis-Gabriel de Bonald? ¿Éste y el resto de legitimistas franceses que reaccionaron contra la Revolución y construyeron un pensamiento combativo y adecuado a sus propósitos contrarrevolucionarios, todos ellos hombres asimismo católicos a machamartillo, no eran habitantes de la misma orilla ideológica en que moraban Palacios y su gente? Pese a que no hay que olvidar que el

tradicionalismo de los legitimistas franceses, en particular el de Bonald, no era de índole tomista, y pese a que los pensadores de la “tradicción española” en que se movía Palacios se querían nietos de Menéndez Pelayo e hijos de Maeztu ¿no se hallaban asimismo aquellos viejos reaccionarios franceses, Donoso Cortés mediante, en el humus de su árbol genealógico?

E. H. Carr, en libro famoso, recomendaba que “antes de estudiar la historia, estúdiase al historiador”, y añadía que “antes de estudiar al historiador, estúdiase su ambiente histórico y social”. El consejo vale para muchos otros ámbitos del conocimiento: antes de estudiar una obra de filosofía, estúdiase al filósofo, y antes de estudiar al filósofo, estúdiase su ambiente histórico y social. Una obra sacada de su contexto histórico, al igual que una frase descontextualizada, es fácil que se entienda mal, que sea posible tergiversar su sentido original, e incluso que pueda llegar a confundirnos, a desorientarnos. Leer a Platón sin saber que era sobrino de Critias, uno de los Treinta Tiranos de Atenas, no es lo mismo que leer sabiéndolo. Como no es lo mismo aproximarse a Luis Vives ignorando que las hogueras inquisitoriales achicharraron a sus padres (a su madre sólo sus huesos, desenterrados más de veinte años después de muerta). O a Baruch Spinoza olvidando que fue expulsado de la comunidad judía de Amsterdam, o a Martín Heidegger omitiendo que estuvo afiliado al partido nazi... A mi entender, un mínimo conocimiento de la vida y el tiempo de Palacios es imprescindible para abrirse paso en la lectura de su obra, incluidos, claro está, los dos textos reunidos en este libro, que en su origen fueron concebidos como independientes, pero que se agruparon por primera vez en 1987 en un pequeño volumen póstumo. Unos textos que sin duda provocarán en el lector que se abra paso a través de sus páginas más de una sorpresa.

La primera es que no se centran en lo que hace del vizconde de Bonald un autor muy conocido, su dimensión de pensador político, de principal doctrinario de la contrarrevolución junto a Joseph de Maistre (Maistre y Bonald son una especie de matrimonio indisoluble para los politólogos), sino más bien en su carácter de figura clave en la formación del tradicionalismo filosófico. En el primero de ambos textos, “Bonald, o la constitución natural de las sociedades” (pp. 7-54), Palacios estudia la teoría del lenguaje del aristócrata francés y cómo ella le proporciona la base de su pensamiento respecto a las categorías sociales, el poder o la relación entre religión y política, al tiempo que señala algunas dificultades que hacen “embarazosa” la doctrina del vizconde: el uso indebido de la expresión *sociedad civil*, que “no me parece propia –advirtió Palacios– de una sociedad que encierra en su globo a la Iglesia católica” (p. 51); el hecho de “no salvar la trascendencia de la Iglesia y el catolicismo sobre la civilización, a causa de su erróneo concepto de lo *sobrenatural* y lo *natural*” (p. 52); o el paralelismo “geométrico” que establece el vizconde galo entre el “poder religioso de la Iglesia y el político de la monarquía real” (p. 53).

En el segundo, “El platonismo empírico de Luis de Bonald” (pp. 55-92), abunda en la preocupación bonaldiana sobre el origen de las ideas, de manera que completa el texto anterior, la sitúa en una cadena que proviene

de Platón y pasa por san Agustín, Descartes, Bossuet, Fénelon y Leibniz y expone (p. 82) como ese “platonismo empírico” (descubrir el meollo de ese aparente oxímoron es algo que abandono a la curiosidad del lector) de Bonald “desemboca en la revelación divina”, de manera que “obvio es preguntarnos: esta revelación por la que Dios enseña el lenguaje al hombre, ¿es natural o es sobrenatural?”. Dejemos al lector, de nuevo, que busque en el libro la respuesta a la cuestión. Por otro lado, y como ocurría en el caso anterior, Palacios descubre una serie de “fisuras” en el pensamiento del autor francés. El escrito se cierra con una locuaz diatriba muy de la época contra “el materialismo de nuestros días, que se llama a sí propio materialismo dialéctico e histórico”, y que, como el lector puede esperar, “no es más que un hijo de aquella filosofía revolucionaria, contra la que tuvo que enfrentarse, con fuerza de gigante, el vizconde Luis de Bonald” (p. 91).

No querría destripar de forma enojosa los dos trabajos, ya que una reseña que se desliza hacia la exhaustividad puede invitar a quien la deglute a prescindir de la lectura de la obra original. Bastará advertir, más allá de lo dicho, que a mí me ha resultado más interesante el primero que el segundo. Y que en especial han atraído mi atención los epígrafes que el autor dedica a “la invención del lenguaje” y al “origen de las ideas” en ese primer texto (pp. 9-14), unos epígrafes cuya lectura no tengo empacho alguno en recomendar, ya que tratan de cuestiones centrales de la filosofía de ayer y hoy (unas cuestiones que me temo que no se resuelven con la simple apelación a la revelación divina...). No ocultaré que mi preferencia por esos dos puntos no es ningún mérito de mi perspicacia. Cuando acabé de leer el libro descubrí que en el paratexto de la contraportada se señalaba que, para Palacios, “la lección capital y permanente de Bonald estriba en encarecer la importancia del concurso del lenguaje en la génesis de las ideas y en hacer ver de este modo que el hombre no es, como pretende Rousseau, un caminante solitario, pues, sin el lenguaje y la tradición oral y escrita de la sociedad, no le sería posible elevarse al mundo de las verdades morales y sociales, que son las únicas que le hacen posible ser nada menos que un hombre”. Pues eso...

Otra sorpresa es encontrar a un autor reaccionario como Palacios tratando de manera crítica a un reaccionario siglo y medio anterior. Si alguien esperaba que el profesor de filosofía madrileño fuera un imitador o un papagayo que repitiera las doctrinas de Bonald, que comulgara en todo con las ideas de su objeto de estudio, quedará defraudado. Sin duda el catedrático español considera al aristócrata galo *uno de los nuestros* (los elogios están esparcidos por doquier), pero, como ya se ha avanzado, no retrocede a la hora de fijar las fisuras y los componentes que entiende como embarazosos de las doctrinas de Bonald, de manera que marca, con una sutileza amable, las correspondientes distancias. Para muestra un botón (p. 50): “Muchas veces, leyendo a Bonald, tenemos la impresión de que este escritor, por salvar los derechos de Dios, anula los derechos del hombre; y por salvar la ley eterna pulveriza la ley humana. Yo preferiría conciliar ambos planos sin negar ninguno de ellos: el de la *sindéresis*, que engendra

y promulga en nosotros la ley natural, y el de la prudencia política, que engendra y promulga ante los hombres la ley civil”.

No me extenderé en los pormenores de estas críticas (insisto, no me parece recomendable destripar el libro), pero, de alguna manera, es como si Palacios encontrara a Bonald demasiado cartesiano e incluso próximo a la Ilustración (Jean Touchard encontraba a Bonald “un razonador pesado en ocasiones”), ya que tomó de ese hilo, el que va de Descartes a las luces, y no de la filosofía “perenne”, escolástica, las categorías mediante las cuales organizó su trabajo. Es decir, da la impresión que la tentativa bonaldiana de ofrecer un conjunto de ideas y una teoría política para uso y coartada de la contrarrevolución no pudo librarse ni de la herencia del turbio Descartes ni de la de los condenados *philosophes*, padres putativos, a juicio de cualquier reaccionario que se precie, del nuevo mundo revolucionado y en desorden que ponía en solfa “los derechos de Dios”. Al fin y al cabo, recuerda Palacios (p. 89), Bonald “continuamente blasona de llegar a la defensa de la religión por argumentos racionales”, por las solas luces de la razón y no mediante planteamientos fideístas o tradicionalistas.

Palacios, otro ejemplo (p. 56), se asombra de que Bonald acertara en muchas cosas pese a ignorar “totalmente” al “verdadero” Aristóteles y desconocer a Santo Tomás de Aquino. O se detiene (pp. 37-38) a señalar las discrepancias entre el vizconde y el Estagirita –y, con él, el Aquinate– en cuanto a cuál ha de ser la forma óptima de régimen político: mientras que para el contrarrevolucionario francés la monarquía es “el único régimen aceptable”, para el filósofo griego y el santo dominico medieval es “aconsejable”, como sabe cualquier estudiante de filosofía, un “régimen mixto” (lo que, miremos por donde lo miremos, no era precisamente la dictadura de Franco). Podríamos aducir otros ejemplos similares, pero sería a riesgo de alargar en demasía esta reseña (aunque me temo que ya está hecho). En fin, lo que Leopoldo-Eulogio Palacios echa en cara a Bonald es, ante todo, su ausencia de contacto con la tradición escolástica, o sea, su falta de pedigrí tomista: el hecho, como si dijéramos, de no haberse anticipado algunas décadas a los cardenales Zigliara y Mercier y haber sido así el fundador del neotomismo (o el restaurador del tomismo, sobre gustos...).

Y, una sorpresa final, al ponderar las ideas filosóficas de Bonald, al confrontarlas con el núcleo del tomismo, al dialogar con ellas y someterlas a elucidación y juicio, Palacios lo hace de manera metódica, precisa, ordenada, “racional” (ya que se basa en argumentar a base de razones), dentro de una tradición que es, por supuesto, esencialmente escolástica. Una manera que no se limita a realizar apelaciones constantes y cansinas a la revelación divina ni a la autoridad papal ni a la de los Santos Padres, sino contrastando lo escrito por el pesado razonador que fue el vizconde con los postulados de la corriente filosófica que al juzgador le es más cara y dentro de la cual se integra. Aunque, en el trasfondo, la creencia compartida en el Dios cristiano y en las doctrinas que la ortodoxia católica extrae de esa creencia (tanto a Bonald como a Palacios los aterrorizaría deslizarse hacia cualquier heterodoxia) entrelaza sus esfuerzos a la vez que acota su alcance.

La filosofía de Bonald, como la de Palacios, es la de hombres que escriben rezando porque piensan rezando, y eso dificulta y limita su recepción fuera de sus compañeros de fe, de sus correligionarios. Sin embargo, esa ordenación de argumentos que exhibe Palacios, esa metodología crítica con su objeto de estudio, esa moderación al exponer los desencuentros (una moderación y buen tono que es dudoso que se mantuviera si Bonald no fuera *uno de los nuestros*) lo distingue del estilo apodíctico de mosén Sardà i Salvany y los tradicionalistas e integristas más montaraces y de más dura mollera.

Leyendo a Palacios se encuentra uno, pues, con un hombre dotado de un talento y una inteligencia notables y que escribía muy bien (a los que cultivan la poesía les suele ocurrir eso), con un estilo elegante, de frases bien construidas que no cansan, precisión expresiva, citas textuales bien dosificadas y acotaciones pertinentes. Algo que no suele ser tan habitual como debería serlo en los filósofos antiguos ni en los modernos, emborrachados demasiadas veces de categorías abstrusas para los no iniciados (no todo el mundo sabe que *sindéresis*, vocablo muy del gusto de Palacios y que ha salido más arriba, no es otra cosa que la capacidad natural para juzgar rectamente). La lástima es que aquel culto profesor de Lógica franquista defendiera en su vida y en su obra posturas a mi parecer irritantes, que ya dejaron, a buena hora, de estar de moda y que en el mundo actual, en el sistema de valores dominante en el mundo actual (que conecta más con la tradición intelectual del Palacios padre que con la del Palacios hijo), pueden percibirse con justa repugnancia.

Que se reedite no deja de ser interesante, sin duda. Me gustaría pensar que los textos de Leopoldo-Eulogio Palacios nos convocan sobre todo a acercarnos a ellos por el atractivo de lo caduco, por el sabor de ser piezas de época, de valer como documentos de un tiempo que ya no es el nuestro y de un país que ya nos es extraño. Y que con su ayuda estamos en condiciones de entender mejor ese mundo de ayer que, a mi parecer afortunadamente, ya hemos perdido, y reflexionar sobre él, conocerlo y captarlo. Es decir, escritos a los que arrimarse llevando ante los ojos la lente graduada del historiador (de la Filosofía, del Pensamiento, de la Cultura, o a secas) y no sólo enfrascarse a esclarecerlos con el ánimo discursivo del colega. Además, y más allá de sus “excentricidades” –una palabra con la que he tropezado aplicada por Gregorio Morán a nuestro personaje–, Palacios es, insisto, un autor inteligente, y de la inteligencia, aun de la rancia, siempre se puede aprender algo. Los cangrejos también son ingredientes gustosos que hacen sabrosa una paella de marisco.

Pero, con todo, la reedición de este libro de Palacios –o, hace pocos años, de su *Filosofía del saber*– a mí me produce cierta inquietud que no querría ocultar. En plena escalada de las fuerzas de ultraderecha (¿son nuevas o son, aunque remozadas, las de siempre?), en España y por doquier, la reedición de autores que se identificaron tanto con el universo mental de la reacción y el franquismo como Palacios no deja de poder ser considerada el síntoma de una seria amenaza: la que sufren muchos de nuestros derechos y nuestras libertades (la de creer o no creer en Dios, y en

qué “dios”, por ejemplo, la de optar por la identidad sexual que prefiramos, y todo el largo etcétera que nuestro miedo requiera) que no están en absoluto blindados frente a nuevos asaltos a la razón por parte de intolerantes, fundamentalistas y patrioterros. No sobra recordar que, hace escasos ochenta años, las personas que se divorciaron gracias a las leyes de la República se encontraron con que estaban otra vez casadas con su primera pareja (lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre) cuando Franco se hizo con el poder y su voluntad se fijó en ley. Y que ello implicó que los matrimonios posteriores de los divorciados quedaran anulados, y que los hijos de estas segundas nupcias dejaran de ser legítimos y fueran convertidos legalmente en bastardos. Los buenos y triunfantes católicos que impusieron tales medidas (entre los cuales no faltaban los que tenían “queridas”) decían ganar almas para el cielo mientras imponían una vida de infierno en la tierra a personas que no querían vivir juntas y marcaban con un estigma a su descendencia inocente...

Ya sé que lo que ha muerto una vez no resucita jamás y que la historia es un río de Heráclito que nunca fluye hacia arriba. Pero no sabemos qué escollos, qué azudes y qué represas encontrará el agua río abajo. La fe del carbonero, sea religiosa o política (y sea cual sea el “dios” sobrenatural o humano que la inspira), lleva a la intransigencia y al abuso, y los intransigentes no dudan en imponer sus ideas si hace falta a la fuerza. Perder derechos y libertades sospecho que ha dejado de ser en nuestros días –si es que dejó de serlo alguna vez– un peligro remoto. Y si fuera a mayor gloria de Dios, Palacios, desde su cielo, mucho me temo que no censuraría esa pérdida.

Joan J. Adrià i Montolío